

www.elboomeran.com

Herman Koch

CASA DE VERANO CON PISCINA

Traducción del holandés de
Maria Rosich



Título original: *Zomerhuis met zwembad*

Con la colaboración de la Dutch Foundation for Literature



Copyright © Herman Koch, 2011

Publicado originalmente por Ambo / Anthos Uitgevers, Amsterdam
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2012

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-455-0

Depósito legal: B-13.130-2012

1ª edición, abril de 2012

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1
Capellades, Barcelona

CASA DE VERANO CON PISCINA

1

Soy médico de cabecera. Paso visita desde las ocho y media de la mañana hasta la una de la tarde. Me tomo mi tiempo: veinte minutos por paciente. Esos veinte minutos son mi reclamo. «¿Qué médico de cabecera te atiende durante veinte minutos, hoy en día?», comentan los pacientes, y se lo cuentan unos a otros. «No se llena demasiado la agenda, quiere dedicar el tiempo necesario a cada caso.» Tengo lista de espera. Si algún paciente se muere o se va a vivir a otro sitio, me basta con hacer una llamada y ya hay otros cinco que quieren ocupar su lugar.

Los pacientes confunden tiempo con atención. Creen que les presto más atención que otros médicos de cabecera, pero lo único que hago es dedicarles más tiempo. En un minuto ya he visto lo que necesito saber; los diecinueve restantes, los lleno con atención. Con la ilusión de atención, debería decir. Les hago preguntas generales: «¿Qué tal su hijo/hija? ¿Ya duerme usted mejor? ¿No come demasiado/demasiado poco?» Les pongo el estetoscopio en el pecho y después en la espalda. Les pido que respiren profundamente. Que expulsen el aire poco a poco. En realidad no escucho. Al menos, intento no escuchar. Por dentro, todos los cuerpos suenan igual. Lo primero que se oye es el latido del corazón, por supuesto. El corazón no sabe nada. Se limita a latir. El corazón es la sala de máquinas. La sala de máquinas

solamente mantiene el barco en movimiento, no marca el rumbo. Luego están los sonidos de las entrañas. Los órganos. Un hígado sobrecargado suena distinto de uno sano. Un hígado sobrecargado gime. Gime y ruega que le den un día libre, sólo uno. Un día en que pueda eliminar la suciedad más gorda. Ahora siempre tiene trabajo atrasado. Un hígado sobrecargado es como la cocina de un restaurante que nunca cierra. Los platos sucios se acumulan, los lavavajillas funcionan a toda máquina, pero las montañas de platos usados y ollas con restos de comida pegada no paran de crecer y crecer. El hígado sobrecargado espera ese día libre que nunca llega. Todas las tardes, a las cuatro y media o las cinco (a veces incluso antes), pierde la esperanza de que esa jornada haya llegado. Si tiene suerte, sólo se trata de cerveza; entonces puede endilgar la mayor parte del trabajo a los riñones. Pero siempre habrá quien no se contente con cerveza y se tome algo más: una ginebra, un vodka, un whisky. Algo que se puedan trincar de un trago. El hígado sobrecargado se resiste, pero al final no aguanta más. Primero se endurece, como un neumático demasiado hinchado. Después sólo hace falta una pequeña irregularidad en el asfalto para que estalle.

Escucho con el estetoscopio. Aprieto con un dedo el punto duro justo debajo de la piel.

—¿Nota algo?

Si aprieto un poco más, estallará aquí mismo, en la consulta. Pero eso no puedo permitirlo. Demasiado lío. Sangre a borbotones. Ningún médico de cabecera quiere que se le muera un paciente en la consulta. En casa, da lo mismo. En sus propias casas, a medianoche, en sus camas. Si el hígado estalla, ni alcanzan el teléfono. La ambulancia llegaría demasiado tarde de todos modos.

Los pacientes van entrando a intervalos de veinte minutos. Mi consulta está en la planta baja. Vienen con muletas, en silla de ruedas. Algunos están demasiado gordos, otros sufren ahogos. En todo caso, no pueden subir escaleras. Una

escalera significaría una muerte segura. A veces son imaginaciones suyas: creen que si suben siquiera un peldaño les habrá llegado la hora. Éstos son, con mucho, mayoría. La mayor parte de los pacientes no tiene nada. Gimen y se quejan, se lamentan como si se enfrentasen al rostro de la muerte cada segundo del día, se desploman con un suspiro en la silla delante de mi escritorio... pero no tienen nada.

Escucho sus quejas.

—Me duele aquí, y aquí, a veces el dolor va hacia abajo...

Pongo cara de interés. Mientras hablan, garabateo algo en un papel. Les pido que se levanten, que me acompañen hasta la camilla. Alguna vez pido a alguno que se desnude detrás del biombo, pero generalmente no. Bastante me disgustan ya todos esos cuerpos con la ropa puesta. No necesito ver las zonas en que no da el sol. Nada de pliegues cutáneos siempre calientes y sudados, donde las bacterias tienen vía libre; nada de hongos e infecciones entre los dedos de los pies y debajo de las uñas; nada de dedos que rascan aquí o allá hasta hacerse sangre...

—Aquí, doctor, aquí es donde más me pica...

No, no quiero ver nada de eso. Finjo que miro mientras pienso en otra cosa. En la montaña rusa de un parque de atracciones, con una cabeza de dragón verde en la primera vagoneta, gente que levanta los brazos y grita hasta desgañitarse. Con el rabillo del ojo veo mechones de vello púbico húmedos, claros rojos infectados donde nunca volverá a crecer pelo, y pienso en un avión que estalla en pleno vuelo, en los pasajeros, aún atados a sus asientos con los cinturones de seguridad, iniciando una caída kilométrica al vacío: hace frío, el cielo está enrarecido, allá abajo los espera el océano.

—Me duele al orinar, doctor. Como si orinara agujas...

Un tren que vuela por los aires justo antes de entrar en la estación, la nave espacial *Columbia* que estalla en millones de pedazos, el segundo avión que se estrella contra la Torre Sur.

—Aquí me duele, doctor. Aquí...

—Vuelva a vestirse —digo. Ya he visto suficiente—. Le recetaré algo.

Algunos pacientes apenas pueden ocultar su decepción. ¿Sólo una receta? Se quedan unos segundos con expresión perpleja, y los calzoncillos o las bragas por las rodillas. Se han tomado una mañana libre, quieren que su dinero cunda, aunque sea dinero que afloja la comunidad de personas sanas. Quieren, como mínimo, que el médico los toque, que se ponga los guantes y emplee sus dedos expertos en examinarles alguna parte del cuerpo. Que meta el dedo en alguna parte. Quieren ser examinados, no se dan por satisfechos con los años de experiencia del médico, no les basta con que su ojo clínico detecte en un segundo qué les pasa porque ya lo ha visto cien mil veces antes, porque su experiencia le dice que no hace falta que se ponga los guantes para ver el caso cien mil uno.

A veces es inevitable. A veces tienes que entrar. Normalmente con un dedo o dos, muy de vez en cuando con toda la mano. Me pongo los guantes.

—Túmbese de lado, por favor...

Para el paciente, ha llegado el punto de inflexión. Por fin alguien se lo toma en serio, va a haber una exploración interna. Pero su mirada ya no se dirige a mi rostro. Sólo me mira las manos. Unas manos que están enfundándose los guantes. Se pregunta por qué ha permitido que la cosa llegara a este punto, si esto es realmente lo que quiere. Antes de ponerme los guantes me he lavado. La pila está delante de la camilla, de modo que mientras me lavo doy la espalda al paciente. Me lo tomo con calma. Me remango. Sé que los ojos del paciente están posados en mí. Dejo que el agua fluya sobre mis muñecas. Primero me lavo las manos cuidadosamente. Luego voy subiendo poco a poco por los antebrazos, hasta los codos. El rumor del agua me impide oírla, pero sé que la respiración del paciente se acelera cuando llego a los codos. Se acelera, o incluso se interrumpe del todo por un momento. El médico va a realizar un examen interno;

conscientemente o no, el paciente ha insistido para que así sea. Esta vez no estaba dispuesto a dejarse despachar con una simple receta. Pero ahora ha aparecido la duda. ¿Por qué se desinfectará el médico manos y antebrazos hasta los codos? Algo se tensa en el cuerpo del paciente. Y eso que lo que le conviene es relajarse. La relajación es clave para que un examen interno se desarrolle sin problemas.

Mientras tanto, me he dado la vuelta y me seco las manos, los antebrazos, los codos. Sigo sin mirar al paciente. Saco un par de guantes quirúrgicos de una bolsa de plástico que tengo en un cajón. Abro la bolsita rasgándola, piso el pedal de la papelería y tiro la bolsita. Sólo ahora, al ponerme los guantes, vuelvo a mirar al paciente. Su mirada es, cómo definirlo... distinta de cuando me he vuelto para lavarme.

—Vaya tumbándose —digo antes de que pueda expresar sus dudas sobre la exploración interna—. Póngase de cara a la pared.

Un cuerpo desnudo es menos humillante, está menos indefenso, que un cuerpo con el pantalón y los calzoncillos por los tobillos. Dos piernas con los calcetines y los zapatos puestos, pero con los tobillos atados por pantalón y calzoncillos. Como un preso encadenado junto a otros presos. Una persona con el pantalón por los tobillos no es capaz de huir. Puedes someterla a un examen interno, pero también puedes propinarle un puñetazo en plena cara. O vaciar el cargador al aire. «¡Ya estoy harto de escuchar tus mentiras! Voy a contar hasta tres. Uno, dos...»

—Intente relajarse —repito—. Túmbese de lado tranquilamente.

Tiro de los guantes para que me cubran bien las muñecas y no quede aire entre los dedos. El ruido de la goma que se tensa siempre me hace pensar en globos de colores. Globos para una fiesta de cumpleaños, hinchados la noche antes para sorprender al homenajeado.

—Esto puede resultar un poco molesto —digo—. Lo más importante es que respire poco a poco.

El paciente es perfectamente consciente de mi presencia detrás de su cuerpo semidesnudo, pero ya no puede verme. Éste es el momento en que me tomo tiempo para examinarle de cerca el cuerpo, o al menos la parte descubierta.

Hasta ahora he dado por sentado que el paciente es un hombre, que tengo en la camilla a un hombre con los pantalones y calzoncillos bajados. Las mujeres son otra historia, ya lo contaré otro día. El hombre en cuestión ladea un poco la cabeza hacia mí, pero, como ya he dicho, no puede verme bien.

—Apoye la cabeza —pido—. Relájese. —Sigue sin verme mientras observo la parte inferior de su espalda—. Ya le he dicho que puede resultar un poco molesto.

Entre este aviso y la sensación molesta en sí no hay nada. Es el momento vacío. El momento más vacío de la exploración. Los segundos van pasando en silencio, como si hubiese un metrónomo con el sonido apagado. Un metrónomo encima de un piano en una película muda. Todavía no se ha producido ningún contacto corporal. En la piel de la cintura se ve la marca de los calzoncillos: finas líneas rojizas. A veces hay granitos o pecas. En esa parte la piel suele ser demasiado pálida, es una de esas zonas a las que el sol casi nunca llega. Sí acostumbra haber pelo. Cuanto más abajo, más pelo. Soy zurdo. Pongo la mano derecha en el hombro del paciente. A través del guante de goma percibo cómo se tensa. Contrae y tensa todo el cuerpo. Querría relajarse, pero el instinto es más fuerte, se prepara para resistir ante el ataque exterior que se aproxima.

Y entonces mi mano izquierda ya está en posición. La boca del paciente se abre, sus labios se separan; cuando mi dedo corazón entra, deja escapar un suspiro. Mitad suspiro y mitad gemido.

—Tranquilo —digo—, sólo será un momento.

Intento no pensar en nada, pero siempre es difícil. Por eso pienso en aquella noche en que perdí la llave del candado de la bici en un campo de fútbol enfangado. Era un charco

de barro de menos de un metro cuadrado y yo estaba seguro de que la llave se encontraba allí.

—¿Le duele?

Ahora mi dedo índice se suma al dedo corazón, juntos encontraremos antes la llave.

—Un poco...

—¿Dónde? ¿Aquí? ¿O aquí?

Llovía sobre el campo de fútbol. Había un par de farolas encendidas, pero no iluminaban lo suficiente para ver bien. Normalmente es la próstata. Cáncer, o simplemente una hipertrofia. En un primer examen poco se puede decir. Habría podido irme a pie a casa y volver el día siguiente para buscar a la luz del día, pero ya había metido los dedos, ya se me habían llenado las uñas de barro, ahora no valía la pena dejarlo.

—¡Ay! ¡Ahí, doctor! ¡Joder! Disculpe... ¡Joder!

Y entonces, por un instante brevísimo, mis dedos palparon algo duro entre el fango húmedo. Un momento, también podría ser un trocito de vidrio... Lo sostengo a contraluz, bajo la tenue farola que hay al lado del campo, pero en realidad en aquel momento ya lo sé. Brillante, reluciente; no tendré que volver a casa andando. Sin mirarme las manos, me quito los guantes y los tiro a la papelera de pedal.

—Vístase y vuelva a sentarse, por favor. Todavía es demasiado pronto para sacar conclusiones —digo.

Ya ha pasado un año y medio desde que Ralph Meier apareció de repente en mi consulta. Lo reconocí enseguida, por supuesto. Que si podía atenderlo entre visita y visita... Era sólo una cosita de nada, me dijo. Una vez dentro, fue directo al grano. Que si era cierto lo que le habían comentado Fulano y Mengano, que yo era bastante liberal a la hora de recetar... En ese momento miró temeroso alrededor, como si pensara que alguien podía estar escuchándonos. Fulano y Mengano eran pacientes habituales míos. Al final se lo con-

taban entre ellos, y así es como Ralph Meier había acabado acudiendo a mí.

—Depende —dije—. Tendré que hacerle un par de preguntas sobre su estado general de salud, para que no tengamos ninguna sorpresa más adelante.

—¿Y luego? —insistió—. Si todo está bien, ¿estaría dispuesto a...?

—Sí —respondí, asintiendo con la cabeza—, podemos arreglarlo.

Ha pasado un año y medio desde aquel día, y ahora Ralph Meier está muerto. Y mañana por la mañana tengo que comparecer ante el Tribunal Disciplinario del Colegio de Médicos. No porque en aquel momento hiciera lo que Ralph me pedía, sino por otra cosa ocurrida seis meses más tarde: algo que podríamos llamar un «error médico». El Tribunal Disciplinario no me quita el sueño; en el ambiente médico nos conocemos todos, muchas veces hasta resulta que hemos estudiado juntos. Esto no es Estados Unidos, donde un abogado puede arruinar a un médico por haberse equivocado en un diagnóstico. En este país tendrías que pasarte mucho de la raya, y ni por ésas. Una amonestación, una suspensión de un par de meses, a lo sumo.

Sólo tendré que esforzarme en conseguir que los miembros del tribunal sigan considerándolo un error médico. Debo mantener la concentración. Tengo que estar convencido al cien por cien de que eso es lo que ocurrió, un error médico.

El funeral se celebró hace un par de días, en un bonito cementerio rural situado en un meandro del río. Árboles centenarios, altos; el viento soplaba entre las ramas y hacía susurrar las hojas. Se oía el trino de los pájaros. Me quedé lo más atrás posible, me pareció lo más sensato; pero aun así nada habría podido prepararme para lo que iba a suceder.

—¿Cómo te atreves a venir aquí?

Hubo un instante de silencio absoluto, hasta parecía que el viento había cesado de repente. Los pájaros también enmudecieron.

—¡Cabrón! ¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves?

La voz de Judith Meier parecía de cantante, una voz trabajada para llegar hasta las últimas filas de un auditorio. Todas las cabezas se volvieron hacia mí. Judith estaba de pie al lado del coche fúnebre, del cual los portadores del féretro acababan de sacar el ataúd con el cuerpo de su marido.

Ahora avanzaba a zancadas hacia mí, abriéndose paso entre los numerosos asistentes, que se apartaban para dejarle vía libre. Durante medio minuto, lo único que se oyó en aquel profundo silencio fueron sus tacones altos en la grava del camino.

Se detuvo ante mí. Supuse que iba a pegarme un bofetón, o a propinarme puñetazos en las solapas de la chaqueta. En resumen, que montaría un numerito, eso siempre se le había dado bien.

Pero no lo hizo.

Me miró. El blanco de sus ojos se había teñido de rojo.

—Cabrón —repitió, ahora en voz mucho más baja.

Y me escupió en la cara.